

PAULO
COELHO

La espía



Su único delito fue ser una mujer libre.

«No sé si en el futuro se me recordará, pero si así fuera, que nadie me vea como a una víctima, sino como a alguien que nunca dejó de luchar con valentía y pagó el precio que le tocó pagar», dijo Mata Hari sin imaginar siquiera que acabaría convirtiéndose en una leyenda. Cuando falta muy poco para que se cumpla el centenario de su muerte, Paulo Coelho ahonda de forma magistral en la vida de una de las mujeres más fascinantes y desconocidas de la Historia. Sensual, fuerte y contradictoria, Mata Hari se ha convertido en un icono por enfrentarse a los cánones de su época y luchar por ser una mujer independiente y libre en un mundo convulso. La exótica Java, el efervescente París de la Belle Époque y el Berlín de la Primera Guerra Mundial son los escenarios en los que esta mujer indomable defendió sus sueños haciendo bandera de las palabras que de pequeña le repetía su madre: «Hasta los árboles más altos proceden de semillas pequeñas».

Este libro está dedicado a J.

Oh, María, sin pecado concebida, ruega por nosotros, que recurrimos a Ti. Amén.

Cuando vayas con tu adversario al magistrado, procura en el camino arreglarte con él, no sea que te arrastre ante el juez, el juez te entregue al alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel. Te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último céntimo.

LUCAS, 12, 58-59

Basado en hechos reales

PRÓLOGO

París, 15 de octubre de 1917 • Anton Fisherman y Henry Wales, para International News Service.

Poco antes de las cinco de la mañana, un grupo de dieciocho hombres, en su mayoría oficiales del ejército francés, subió al segundo piso de la prisión de mujeres de Saint-Lazare, ubicada en París. Guiados por un carcelero que portaba una antorcha para encender las lámparas, se pararon ante la celda número 12.

Las encargadas del lugar eran monjas. La hermana Léonide abrió la puerta y les pidió que esperasen fuera. Entró, rascó una cerilla en la pared y encendió la lámpara dentro. A continuación, llamó a otra de las monjas para que la ayudase.

Con mucho cariño y cuidado, la hermana Léonide rodeó con su brazo aquel cuerpo dormido que no reaccionaba, como si nada le importase. Al despertar, según el testimonio de las religiosas, parecía salir de un sueño tranquilo. Siguió estando serena cuando se enteró de que su petición de clemencia, presentada días antes al presidente de la República, había sido denegada. Imposible saber si sintió tristeza o alivio porque todo llegaba al final.

A una señal de la hermana Léonide, el padre Arbaux entró en la celda junto con el capitán Bouchardon y el abogado, el señor Clunet. La prisionera le entregó a este último la larga carta-testamento que había escrito durante toda la semana, además de dos sobres marrones con recortes.

Se puso unas medias de seda negras, algo aparentemente grotesco en tales circunstancias, se calzó unos zapa-

tos altos adornados con lazos de seda y se levantó de la cama. De un colgador, clavado en una esquina de su celda, retiró un largo abrigo de piel con las mangas y el cuello revestidos con otro tipo de piel de animal, posiblemente de zorro, y se lo puso encima del pesado kimono de seda con el que había dormido.

Su cabello negro estaba sin arreglar; se peinó con cuidado, recogéndolo en la nuca. Por encima, se puso un sombrero, que sujetó al cuello con una cinta de seda para que el viento no se lo llevase cuando estuviera en el lugar al aire libre al que la llevaban.

Lentamente, se inclinó para coger un par de guantes negros de cuero. A continuación, con indiferencia, se dirigió a los recién llegados y dijo en voz baja:

—Estoy lista.

Dejaron la celda de la prisión de Saint-Lazare y se dirigieron a un coche que los esperaba con el motor encendido para llevarlos hasta el lugar en el que se encontraba el pelotón de fusilamiento.

El coche arrancó a más velocidad de la permitida cruzando las calles de la ciudad, aún dormida, en dirección al cuartel de Vincennes, lugar en el que antes había un fuerte, destruido por los alemanes en 1870.

Tardaron veinte minutos en llegar y la comitiva se bajó. Mata Hari fue la última en salir.

Los soldados ya estaban preparados para la ejecución. Doce zuavos formaban el pelotón de fusilamiento. Al final del grupo había un oficial con la espada desenvainada.

Mientras el padre Arbaux conversaba con la mujer condenada acompañado por dos monjas, un teniente francés se acercó y le tendió un pañuelo blanco a una de las monjas, diciendo:

—Por favor, véndenle los ojos.

—¿Es obligatorio? —preguntó Mata Hari mientras observaba el pañuelo.

El abogado Clunet miró al teniente con aire interrogativo.

—Sólo si la señora quiere; no es obligatorio —contestó este último.

Mata Hari no fue atada ni vendada; miraba a sus ejecutores con aire de aparente tranquilidad mientras el cura, las monjas y el abogado se alejaban de ella.

Vigilando atentamente a sus hombres para evitar que comprobasen sus rifles (en la práctica, siempre se pone un cartucho de fogeo en uno de ellos para que todos puedan decir que no dispararon el tiro mortal), el comandante del pelotón de fusilamiento empezó a relajarse. Pronto todo habría acabado.

—¡Preparados!

Los doce adoptaron una postura rígida y apoyaron los fusiles en el hombro.

Ella no movió un músculo.

El oficial se colocó en un lugar desde el que todos los soldados pudiesen verlo y levantó la espada.

—¡Apunten!

La mujer continuó impasible, sin mostrar miedo.

La espada descendió, cortando el aire en un movimiento de arco.

—¡Fuego!

El sol, que para entonces ya brillaba en el horizonte, iluminó las llamas y el escaso humo que salió de cada uno de los rifles mientras se disparaba la ráfaga con gran estruendo. Acto seguido, con un movimiento acompasado, los soldados volvieron a colocar las armas en el suelo.

Mata Hari siguió de pie durante una fracción de segundo. No murió como en las películas cuando disparan a la gente. No cayó ni hacia delante ni hacia atrás, y no movió los brazos ni hacia arriba ni hacia los lados. Dio la impresión de que se desvanecía, con la cabeza erguida en todo momento y los ojos abiertos. Uno de los soldados se desmayó.

Las rodillas cedieron y su cuerpo cayó hacia la derecha; las piernas quedaron flexionadas bajo el abrigo de piel. Y allí quedó, inmóvil, con la cara mirando al cielo.

Un tercer oficial, acompañado de un teniente, sacó el revólver de una funda que llevaba ajustada en el pecho y se dirigió hacia el cuerpo inerte.

Se inclinó, apoyó el cañón del arma en la sien de la espía, con cuidado de no tocar su piel. A continuación, apretó el gatillo y la bala le atravesó el cerebro. Se dirigió a todos los que allí estaban y dijo con voz grave:

—Mata Hari está muerta.

PARTE 1



Estimado señor Clunet:

No sé qué ocurrirá a finales de esta semana. Siempre he sido una mujer optimista, pero el paso del tiempo me está convirtiendo en una persona amargada, solitaria y triste.

Si todo va como yo espero, nunca recibirá usted esta carta. Me habrán perdonado. Al fin y al cabo, a lo largo de mi vida he ido cultivando la amistad de amigos influyentes. La guardaré y se la daré algún día a mi única hija para que descubra quién fue su madre.

Pero, si me equivoco, no tengo muchas esperanzas de que estas páginas, a las que he dedicado mi última semana de vida sobre la faz de la Tierra, lleguen a conservarse. Siempre he sido una mujer realista, y sé que un abogado, cuando un caso está cerrado, se pone con el siguiente sin mirar atrás.

Ya me imagino la situación; es usted un hombre ocupado que se ha ganado cierta fama defendiendo a una criminal de guerra. Mucha gente estará llamando a su puerta para solicitar sus servicios; a pesar de la derrota, ha conseguido una gran publicidad. Habrá periodistas interesados en conocer su versión de los hechos, frecuentará los restaurantes más caros de la ciudad y sus colegas lo tratarán con respeto y envidia. Sabe que nunca ha habido ninguna prueba material contra mí, sólo ciertos documentos previamente manipulados; pero nunca podrá admitir en público que dejó morir a una inocente.

¿Inocente? Tal vez no sea ésa la palabra exacta. Nunca he sido inocente, desde que llegué a esta ciudad que tanto amo. Creí que podría manipular a los que querían secretos de Estado, creí que los alemanes, los franceses, los ingleses, los españoles jamás se me podrían resistir, pero fui yo la manipulada. Me libré de crímenes que cometí, aunque el más grave de todos fue ser una mujer emancipada e independiente en un mundo gobernado por hombres. Me condenaron a pesar de que lo único que conseguí fue enterarme de chismes en los salones de la alta sociedad.

Sí, convertí esos chismes en «secretos» porque quería dinero y poder. Pero todos los que hoy me acusan sabían que no contaba nada nuevo.

Es una pena que nadie llegue a saberlo nunca. Estos sobres acabarán en algún lugar, como un archivo lleno de polvo, con otros expedientes, de donde no saldrán hasta que su sucesor, o el sucesor de su sucesor, decida hacer algo de sitio y se deshaga de los casos antiguos.

Para entonces, mi nombre ya habrá sido olvidado; pero no escribo para ser recordada. Lo que intento es entenderme a mí misma. ¿Por qué? ¿Cómo es posible que una mujer que durante tantos años consiguió todo lo que quería pueda ser condenada a muerte por tan poco?

En este momento, repaso mi vida y comprendo que la memoria es un río que siempre corre hacia atrás.

Los recuerdos están plagados de caprichos, de imágenes de cosas que hemos vivido y que todavía nos pueden afectar mediante cualquier pequeño detalle, mediante algún ruido insignificante. Un olor a pan sube hasta mi celda y me vienen a la memoria los días en que caminaba libre por los cafés; eso me hace más daño que el miedo a la muerte y que la soledad que siento.

Los recuerdos nos acercan a un demonio llamado Melancolía; ¡oh, demonio cruel del que no puedo escapar...! Oír a una prisionera cantar, recibir una carta de admiradores que nunca me regalaron rosas ni jazmines, recordar alguna